

Los murales de Fernando Castro Pacheco*

Alfredo Barrera Vásquez

Este texto es el rescate del discurso que el Dr. Alfredo Barrera Vásquez pronunció en la inauguración oficial de los murales del Palacio de Gobierno, pintados por Castro Pacheco y a solicitud del entonces gobernador del Estado Carlos Loret de Mola. Lo leyó el 15 de septiembre de 1971, aunque lo revisó y fechó en noviembre del mismo año, como consta en el original. El texto se refiere a los primeros murales instalados por Castro Pacheco, tres conjuntos de paneles con más de 100 m² de pintura. Entre ese año y 1977, el maestro instalaría otros, ocupando nuevos muros hasta llegar a 22 murales transportables [LARC].

Fernando Castro Pacheco, artista pintor yucateco y uno de los altos representantes del arte mexicano moderno, invitado por el Sr. Gobernador del Estado, Don Carlos Loret de Mola, realizó los tres murales que decoran los lienzos de las paredes de la escalera central del Palacio del Poder Ejecutivo.

Castro Pacheco escogió el tema de la concepción mesoamericana del mundo dividido en cinco regiones, según la versión maya. Siguiendo el orden indígena, la del Oriente, la del Sur, la del Poniente, la del Norte y la del Centro. Pero como solo contó

con tres muros, uno al Norte, uno al Oriente y el tercero al Poniente, halló la solución para representar las cinco regiones, incluyendo en el muro del Norte, que es el Central, tres regiones: la del Norte mismo en la parte superior, la del Centro en el medio y la del Sur en la parte inferior. Las otras dos regiones quedaron, cada una, en el correspondiente muro lateral.

Las escenas representadas son, a su vez, interpretaciones libres del artista, realizadas con gran maestría y vigor en su propio estilo.

La civilización mesoamericana daba a cada región un color y un

Alfredo Barrera Vásquez (1900-1980). Fue un antropólogo, lingüista, filólogo, profesor e investigador de la cultura maya precolombina mexicana, nacido en Maxcanú, estado de Yucatán. Sus contribuciones a la historia de México y de Yucatán son destacadas. Es considerado como uno de los más reputados mayistas y promotor de la literatura en lengua maya.

* Mecanuscrito original corregido por el autor, archivo Ramírez Aznar..



significado. En la versión maya, el Norte era blanco, región del frío; no era considerado bueno, pero, de todos modos, había en lo profundo de la subconciencia del maya el recuerdo de su origen: había entrado en la América por el Norte y de ahí había partido siguiendo su camino al Sur. Su guía y escudo habían sido la estrella polar o, por lo menos, la señal que marcó eternamente la región de los hielos por donde había entrado. De modo que el color blanco pudo muy bien referirse a los hielos y, de todos modos, de ahí soplan los vientos fríos y la lluvia mala.

Castro Pacheco representó el Norte con la constelación de la Osa Mayor

sostenida por una mano. Cada región tiene en la concepción del artista una mano. Bajando la vista al centro del lienzo mural, hallamos al hombre en el momento de ser creado del maíz por los dioses, según la tradición Quiché relatada en el Popol Vuh. Una gran mazorca sostenida por la mano dadivosa del Sur muestra sus granos, y el hombre, detrás, surge y se despreza de un sueño. Hay en esta escena una doble alusión: según los mayas yucatecos, el Centro es verde (aunque el artista no usa este color), signo de la vida y del crear y es el hombre mismo, centro constante, donde quiera que se halle en la superficie terráquea.

El maestro Alfredo Barrera Vázquez, durante su discurso de presentación de los murales de Fernando Castro Pacheco, a quien acompañan el gobernador del Estado y el presidente municipal de Mérida, con sus respectivas esposas. Fotografía: Archivo Ramírez Aznar, septiembre de 1971.



Castro Pacheco unió los dos conceptos, el de la creación del hombre y el de la plenitud del fecundo Sur cuyo color es el amarillo. El maíz simboliza con su follaje la creación de la vida toda; follaje que asciende hacia el Oriente y hacia el poniente. Allá con ritmo progresivo señalando la dicha del vivir; acá con ritmo de duda y temor replegándose ante el mal que encierra la tumba del día, la noche fría y negra.

Porque el Oriente, cuyo color es el rojo, representa la alegría del sol que nace de nuevo, que llena de esperanza e ilumina el diario vivir para construir, conservar y recrear la cultura. En el muro del Oriente, la mano se extiende en actitud de protección y la escena entera manifiesta la fecunda labor humana: el escritor esculpe, el pintor traza, el orador arenga, el sacerdote y los sabios meditan; es región óptima, de allí vienen los vientos benévolos portadores del agua del dios Chaac, aunque estén acompañados del rayo terrífico y mortal. El Poniente, en cambio, es siniestro; allí muere el sol cada día; nacen las sombras, no la luz; nace la traición y sus asechos, no la franca confrontación diurna. Por eso, el artista muestra al formidable jaguar que es hijo de la noche, la emboscada nocturna, la muerte y el temor de los

pusilánimes. El color del Poniente es el de las sombras, negro.

El maestro Fernando Castro Pacheco, con esta obra en la que exhibe los logros máximos de su estilo y su técnica, entra a formar parte del cielo de los grandes muralistas mexicanos. Su estilo es muy personal. Su colorido es casi monocromo en grises; sus rasgos son vigorosos a pesar de las medias tintas y, sobre todo, precisos, de factura clásica magisterial; su composición estructurada conforme a los cánones de los maestros mexicanos. No usó el verde; el rojo y el amarillo se salen de la anécdota para fulgurar como símbolos.

Desde el punto de vista práctico, el Maestro Fernando tuvo que resolver algunos problemas. Hemos mencionado uno: el de representar las cinco regiones del mundo en tres espacios. Pero también resolvió el problema del material portador de su obra. No pintó sobre los muros, sino sobre láminas de hierro galvanizadas y tratadas con implantación adecuada. Estas se fijaron a los muros mediante grapas que permiten su remoción y traslado a otra parte, llegado el caso de ser necesario. 

Mérida, Yucatán,
25 de noviembre de 1971.

Cosmogonía maya, panel central norte-sur (detalle), 1971. Óleo sobre lámina galvanizada, 650 x 755 cm
Palacio de Gobierno del Estado de Yucatán. Firmado: a.i.d. (Castro, 1971)





A Fernando Castro Pacheco

Ven, hermano,
sírvenos de guía con tu lápiz
ágil, alado, poderoso....
Traza la ruta
que nos haga conocer
el alma oculta de la tierra nativa...
Olvidando las chozas de paja,
olvidando los henuquenales,
vemos #
por los caminos misteriosos
del espíritu,
levantan la piel morena
de los nuestros,
para mirar de cerca
correr la sangre pura
encendida
por el sol tropical...
Nadie mejor que tú para decirnos:
Esta es el alma de la tierra lejana.
Este es el tesoro que la hace
invulnerable y firme...



2

Esta es la fuerza ~~que~~
que la hace sagrada y codiciada,
a través del tiempo y la distancia...
Nadie mejor que tú
para captar en el surco de los rostros
cetrinos de tristeza
en la paz del crepúsculo amarillo,
la inasible fuerza de la raza
que en la poderosa secuela de los años,
templó su alma milagrosa
en los senderos rutinarios
del sufrir
sin llorar...

Nadie mejor que tú,
hermano nuestro
por la raza y por el alma,
para enseñar austeramente
el flácido y moreno seno
de la Madre Maya,
que es símbolo
de fuerza y de constancia
en la hosca aridez de la llanura triste...
Ven,
sérvenos de guía



3

En la ruta milagrosa
que calme nuestra ansiosa avidez,
de creer
y de palpar,
el secreto de la tierra nativa...

Ni chozas, ni árboles rojos,
ni espinas desafiantes,
ni cenotes, ni pozos,
ni paisajes agrestes,
ni apasibles bahías,
ni mares tormentosos...

Enseñanos,
con la magia de tu mágica mano,
el alma embrujada de los nuestros
que esperan,
hoy y siempre,
que se completen las palabras misteriosas
de nuestros viejos dioses...

Tú,
¡oh nuevo sacerdote
de templos invisibles!...
harás
con el soberbio trazo



(4)

de tu pincel profundo.
y ágil, alado y poderoso
que el velo misterioso se desgarre...
Y entonces,
sin las ambigüedades de la Historia,
banal y artificiosa,
surgirá el alma oculta
del Mayab esplendoroso,
con la luz de sus radiantes realidades...

Elmer Llanes Marín

México. 1955

Leído por su autor en la
Universidad el 17 de Sep / 71. -

Texto en el Archivo Ramírez Aznar.